

De sueños, tiempos y pasiones

Mi abuela siempre decía que los 19 años eran una edad peligrosa. “Los jóvenes se creen indestructibles. Creen que tienen todo el tiempo del mundo por delante y no miden las consecuencias. Es la juventud desenfrenada, la que causa la mayoría de los accidentes”. Nadie tomaba muy en serio sus advertencias. Conforme fui creciendo y veía acercarse esa edad menos importancia le atribuía. Sin embargo, mi abuela tenía razón.

Recién había cumplido 16 años cuando lo conocí. Se llamaba Adrián. Yo tenía el corazón roto por Braulio y un carácter altamente sensible. Adrián se burló de mí en una presentación de osos polares que terminó de destrozar mi —ya magullado— corazón. Así, sin consideración, se destornilló de la risa mientras yo lloraba desconsolada. Su burla provocó que me hirviera la sangre, y como resultado le odié de inmediato. Mi desprecio se lo hice ver en distintas ocasiones. Si de pura casualidad el sujeto estaba jugando fútbol, yo lo abucheaba con ganas para distraerlo. Si me lo encontraba exponiendo, atosigaba sus presentaciones e intentaba hacer que quedara mal. Sin embargo, todos mis esfuerzos por mermar su confianza fueron nulos: era como si le arrojara fuego a su alma y con mayor intensidad se moviera en el campo o, al exponer, contestaba todas mis dudas, y hasta se armaban los debates. Por más que lo intenté, todos mis intentos de hacerlo sentir una porción de la humillación que sentí, fueron infructuosos. Yo le odiaba, pero no lograba desequilibrarlo ni un poco. En cambio, él siempre me sacaba de mis casillas.

Así duramos el segundo y tercer año de preparatoria, él tirando y yo jalando de esa esferita llamada atención. Lo peor de todo era que teníamos amigos en común. Varios de ellos se reían de nuestras peleas y decían que, casi sin quererlo, íbamos a terminar locamente enamorados. Yo me burlaba de esa posibilidad, el odio y la competencia por vencerlo eran genuinos. Hasta que pasó, porque siempre pasa que el corazón se mete donde nadie le llama.

Un día desperté con el recuerdo de un sueño extraño, en mi sueño él interrumpía uno de nuestros debates, caminaba a lo largo del salón, tomaba mi cabeza con ambas manos y me besaba. Desperté con la cara roja de indignación. Durante el resto del día traté de alejar ese sueño de mi cabeza; sencillamente no tenía

sentido. No obstante, para mi mala suerte, durante todo ese día tuve clases con él, y cada vez que nuestras miradas se encontraban, yo no podía evitar ponerme roja.

Harta de ser un jitomate todo el tiempo, decidí ignorar todos los sentimientos que él me generaba, ya que estaba segura de que el tipo me aborrecía igual que yo a él. ¡Era lo lógico! Tan lógico todo, hasta que dejó de tener lógica... Un día ya no le veía con tanto odio, sino que, de repente, ya me interesaba más verme bonita que enojada. El cambio se notó. Mis amigos comenzaron a sospechar, pero prudentemente no dijeron nada. Sabían que mencionar algo solo aumentaría mi bochorno. Fueron más listos, nos invitaron a una fiesta, y se encargaron de que ninguno de los dos supiéramos que iba el otro. Ya en la fiesta, empezamos a jugar y hacer retos. La noche estaba bastante animada, hasta que de la nada, alguien tapó mis ojos. De inmediato pegué un brinco, sin saber quién era. Me puse nerviosa. Una parte de mi deseaba que fuera él, pero la otra estaba disgustada por desear que fuera él. No dije nada; permanecí en silencio para no delatar mis emociones.

—¿No adivinas quién soy? —dijo la voz. Al identificarla, mi corazón se detuvo. Era Braulio, el tipo que me había despedazado el corazón, aquel que se fue con otra y me restregó en la cara su maravillosa relación durante el año pasado. No tuvo que decir nada más para que yo quisiera alejarme inmediatamente de él. Notó mi gesto de desagrado y, en un intento de amenizar la broma, tomó mi mano y me llevó aparte.

—Ven. Me gustaría hablar contigo en privado. Solo he venido a esta fiesta chafa para verte —me dijo. Mi desagrado fue absoluto y, con todo el desprecio del mundo, le exigí que me soltara, que no necesitaba hablar nada con él. Me miró desconcertado, como si en su cabeza algo sencillamente no cuadrara, ya que al parecer el tipo creía que yo estaría enamorada de él por siempre. Sentí una mirada y, al voltearme, vi a Adrián observándonos. Me miró a los ojos, algo debió de haber notado en mi rostro, porque se acercó a mí, preocupado.

—Oye, ¿está todo bien? —preguntó mientras veía que Braulio no me soltaba. Braulio, molesto por la interrupción, lo miró con altivez y trató de ahuyentarlo despectivamente. Sin embargo, yo tomé la mano de Adrián y no lo solté. Él entendió perfectamente la ayuda silenciosa que estaba pidiendo y le dijo a Braulio que nuestros amigos nos estaban buscando.

—Sabes —me dijo, ya que estábamos lejos de Braulio—. No creo que Braulio sea alguien tan especial para que tenga el derecho de decir que te rompió el corazón. Es un idiota.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté con curiosidad.

—El tipo alardeaba mucho sobre cómo te rompió el corazón. Nunca me ha caído bien, pero cuando escuché aquello, quise golpearlo. No es un premio, ni podría ser considerado un gran mérito romperle el corazón a alguien —me comentó.

Su cara mostraba un gesto de hastío.

—Somos lo que hacemos —dijo con firmeza.

—¿Vamos a debatir sobre lo idiota que fue mi ex? —pregunté con una risa nerviosa. Adrián me miró y solo esbozó una sonrisa enigmática.

—No, Topil, solo quiero compartirte lo que pienso —dijo.

Yo, aliviada, empecé a decirle las mil razones por las que nuestra enemistad había llegado a su fin y mi odio hacia él había quedado en el pasado.

—¿Enemigos jurados?, ¿tan mal te caía? —me preguntó cohibido. Sé que eres apasionada, por eso jamás tomé personal nada de nuestros debates. Para mí, eran debates altamente estimulantes. Tú a mí jamás me has caído mal. Todo lo contrario. ¿Por qué tú sí me odiabas a mí?

—¡Por dios! ¿No lo recuerdas? Te burlaste de mí por haber llorado al finalizar mi presentación sobre cómo los osos polares se están muriendo.

—¡Ah!, ¿por eso me odiabas? Bueno esto es incómodo, pero creo que desde ese día te vi diferente a otras chicas. No había visto a nadie con tal franqueza y valor. Me impactó lo real de tus emociones... Desde ese día he querido hacer esto. No sé si me vas a volver a odiar, pero no me puedo ir sin haber hecho esto antes...

Tal como sucedió en mi sueño, Adrián tomó mi rostro entre sus manos y me besó. Eso fue todo, caí redondita en los brazos de cupido. Desde ese día nos volvimos inseparables e insufribles para los demás, pues todo el tiempo estábamos abrazándonos, dándonos besos y peleando. Estuvimos todo un año juntos, comiendo, yendo al cine, bailando, jugando videojuegos y peleando. Nos encantaba pelear. Para mí la vida era buena, pero como todo, tiene un final. Mi tiempo con él se había terminado.

Adrián cumplió 19 años ese año. Aún con todo el amor que nos teníamos, por unas y por otras, terminamos cortando. Él tenía otras metas en la vida, y yo quería

irme de intercambio. La relación estaba en constante desgaste por los planes a futuro... Un futuro que ni siquiera tuvo oportunidad de llegar.

Sucedió un domingo. Mi familia y yo estábamos en el zoológico de Chapultepec. Me entró una llamada y así fue cómo supe que se había ido. Había sido en un accidente; él, y algunos de sus amigos, habían ido de fiesta; aunque él no tomaba, quien manejaba sí había tomado y perdió el control del coche. Adrián falleció en el momento. No hubo oportunidad de despedidas, ni de disculpas.

Durante meses no me pude parar de la cama. Dormía todo el tiempo. Veía la tele sin verla y lloraba cada que podía. No entré a la universidad. La vida se me estaba yendo y no me importaba. La tristeza y el dolor me estaban ahogando. Me sentía destrozada. Creía que ya no me levantaría, hasta que cierto día soñé con él. Estábamos sentados uno al lado del otro. Él me miraba con su clásica sonrisa enigmática y sus ojos tenían una chispa que jamás olvidaré.

—Tranquila, Topil. Estoy bien y tú también lo estarás, esto como todo en la vida, también pasará. No quiero que desperdices esa energía e ímpetu tuyo sufriendo. Yo solo me he ido antes. Quiero que sepas que siempre te cuidaré. Por favor, dile a mi familia que estoy bien —me dijo.

Desperté de golpe. El sueño se había quedado tatuado en mi memoria. Adrián me había visitado, gracias a lo cual entendí que tenía que seguir adelante, doliera lo que doliera. Entendí que yo había sido una de las muchas personas que llegó amarlo. Entendí que el destino me había otorgado la maravillosa oportunidad de conocerle en esta vida. Ese día decidí, que todo cuanto hiciera, lo haría también por él, por todos los sueños que él no vio cumplidos, por todos aquellos planes que nunca cumpliríamos juntos, por todo lo que nos quisimos y peleamos. Pero, sobre todo, viviría con pasión, sin dejarme amedrentar por mis propias emociones, pues sentir y vivir van de la mano y no hacerlo sería insultar su memoria. Terminé por entender que siguiendo adelante llena de pasión, haría que cada día valiera la pena por los dos. Pues él más que nadie me amó por mi manera de ser y sentir.

Así que gracias a él, y a todos aquellos a los que alguna vez amé, y ya no están, he llegado a pensar que solamente dándolo todo de mí, ningún día estará desperdiciado.